

— Conspirar, conspirar es lo que nos toca... Hay que darle al Imperio un golpe de muerte; hay que echar abajo á Napoleón. Estoy en relaciones con el mayor enemigo que tiene ahora el gobierno imperial... ya usted se imaginará quién es... Bien; conozco igualmente á un amigo que vale un Perú para ciertos asuntos: es un químico que sabe la manera de fabricar ciertos artificios más de lo que se figuran los burgueses... Si pudiéramos lanzarle á Badinguet uno de esos tremendos ingenios y volarle en compañía de la de Teba y del chicuelo que ha nacido de los dos, era el nuestro negocio hecho: acabábamos con los opresores de Francia, echábamos al demonio el régimen que oprime á la patria de usted, dábamos al traste con la intervención francesa en México, y todo lo hacíamos... con el dinero de su suegra de usted, ó lo que es lo mismo, con el dinero del Emperador de México, ó lo que es lo mismo, con el dinero del Emperador de Francia... ¿Qué tal? ¿Verdad que es maravilloso?... Yo creo en la Providencia, y estoy seguro de que ella nos ha puesto en contacto para que realicemos esta obra de justicia... ¿Qué dice usted?

A nadie le deja indiferente eso de ser instrumento del propio Dios para el arreglo de los negocios del mundo; así es que, sin esperar á que Chardon agotara su elocuencia, estuve conforme con todo y en compañía suya fuí á sacar del Banco el dinero depositado.

Dos ó tres días comimos y bebimos en grande, aunque

sin darle nada á la patrona, temerosos de que echase de ver nuestra súbita riqueza y nos denunciara. Al tercero, cuando dormíamos, nos despertaron voces, gritos, protestas y golpes en la puerta de nuestra bohardilla: era la policía que llegaba á aprehendernos llevándonos á la cárcel del lugar.

Al día siguiente, muy temprano, el prefecto me llamó á su tribunal, y después de hacerme aguardar larguísimo rato, me recibió para endilgarme una filípica tremenda. El prefecto no era ya el caballero bien criado, amable, untuoso, fácil y de buen carácter que conocía. Se había efectuado un él una metamorfosis semejante á la que dicen se ha de operar en Dios, que de padre amante y bondadoso se convertirá en juez inexorable de vivos y muertos.

— ¡Sois un granuja, un pícaro! me dijo todo rojo y congestionadas las pústulas que le matizaban el rostro; ¡sois un pícaro indigno de la benevolencia imperial! Habéis llamado acá á un vagabundo reconocido, á un bribón que hace gala de querer mal al gobierno. Es verdad que el tal tiene más de jactancioso que de peligroso, pero eso no quita que se haya visto con malísimos ojos vuestra unión con él... Se le han recogido al tal Chardon, vuestro digno compañero, un ejemplar de *La Lanterne* de Rochefort, el borrador de una carta admirativa y ridícula dirigida á Blanqui y mil ochocientos cincuenta francos en oro... El gobierno de S. M., que debía ser con vos tan riguroso

como con vuestro cómplice, no quiere de ningún modo aplicar medidas extremas que os darían mucho en qué pensar; sabe bien que habéis andado por *auberges* y *cabarets* diciendo tonterías acerca del régimen imperial; que os jactáis de querer mal á los funcionarios del Emperador y que os proponéis hacer y tornar... Sabed que no os tomo á lo serio, que os creo un chiflado inofensivo que se reúne con un chiflado peligroso, y que por toda pena os impongo la de salir de Tours dentro de dos horas, y de Francia inmediatamente que lleguéis á la frontera, en donde os pondréis á la mayor brevedad posible. Y cuidado con tonterías que os han de costar caras: vais vigilado, aunque no lo notéis, y cualquier desafuero, por insignificante que sea, os ha de traer muchos dolores de cabeza.

Quise hablar, quise defenderme, quise protestar; pero el maldito currutaco me impuso silencio.

— Andad, andad, me ordenó, y que no me obliguéis á que os mande sacar por la gendarmería.

Y aquella tarde salí, convencido de que no conviene conspirar en mala compañía, é interesado en el alma por la suerte de mi amigo... y la de mi dinero.

La primer providencia de mi patrona fué secuestrar mis cortísimos bienes, que consistían en el uniforme que traje de México, en dos vestidos de paisano, uno para el diario y otro destinado á honrarme los días de fiesta, en las camisas de don Ramón y en unas cuantas chucherías

que les había comprado á ti, á Miguelín y á mis padres con lo que conseguí ahorrar de la soldada que recibía de S. M. Napoleón el chiquillo.

Eran las seis cuando dejé el albergue de Mme. Dupin; acababa de internarme en una carretera cercada de árboles cuando se hizo de noche. Apenas transitaban por aquel camino unos cuantos labriegos que me veían al sesgo como preguntándose: «Pero ¿qué escapado de presidio es éste? ¿qué racimo de horca se pasea con tanta frescura por aquí?» Y apresuraban el paso, no sin volver el rostro para observar si les seguía.

Caminé dos ó tres horas: la noche era negra como tinta, y la ennegrecía más aún aquella masa de árboles que se aglomeraban más allá del límite del camino, como ejército de gigantes que cuchicheaba consultándose cuál sería el momento propicio de empezar el ataque.

Las granjas, con sus luces radiantes á través de los vidrios que cubría de vaho tenue la niebla de la noche; las iglesias con sus agujitas presuntuosas; los perros que ladraban en la lejanía; el rumor de los arroyos que rezonaban tristemente; las voces aisladas de los campesinos, todos los rumores de aquella noche, todos los espectáculos de aquella hora temida, se incrustaban en mi cerebro produciéndole un vago temor, una seria y solemne inquietud.

Al fin caminé cosa de dos kilómetros sin encontrar

habitaciones, sin oír ruidos, sin saber si me encontraba en un desierto ó en un lugar habitado. Comenzaba á caer una lloviecita fina y tenue que se aglomeraba en la ropa como polvillo blanco. No había casa donde llamar, y si la hubiera habido no habría tenido esperanzas de que me aceptaran en ella. Anduve deprisa y apenas me topé con unas paredes agrietadas que podrían servirme de refugio. Al entrar me espantó algo como el estornudo que resonó en la obscuridad; luego vi levantarse un esqueleto enorme que se me dirigió con pasos tácitos y acompasados: era un viejo *matalote* quizás perdido, quizás abandonado por su dueño, que al convencerse de que el que entraba no quería pegarle ni cargarle las espaldas llenas de mataduras, se echó de nuevo á recibir la nevasca, al abrigo de un trocito de techo que había existido en aquel solar triste y extraviado.

Yo permanecí un buen rato como esperando al ángel que había de convertir en plumón de cisne el plumón de nieve que descendía lento y tristón; en cama confortable el suelo duro y apretado de guijarros y en techo encubridor la bóveda negra de aquella noche implacable. Al fin la lluvia me hizo acogerme al rinconcito en que se había guarecido el caballo; me arropé en mi capote lo mejor que supe, eché la espalda contra la pared, apoyé mi rostro sobre la tabla del pescuezo, mi pecho sobre el lomo lleno de mataduras, é introduje mis pies por entre los cuartos

traseros de mi nuevo amigo, el único á quien podía acudir en tierra gala, porque era el único que no sabría que yo era un paria dejado de la mano de los hombres... y quizás de la de Dios.

Con el calorcillo que salía de la bestia fuí recobrando el mío, y á poco me dormí con sueño blando y tranquilo, como si me encontrara en el colchón más mullido. Al amanecer me desperté satisfecho; concilié el sueño otro poco y desperté cuando el sol pugnaba por salir entre nubes de hoja de lata, como decía mi inolvidable don Ramón. Me levanté dispuesto á seguir mi camino; valía Dios que la carga de mi equipaje no me embarazaba mucho, pues le llevaba puesto.

Media legua más allá compré una libreta en un mesoncillo que se abría en aquellos momentos. Al darme el pan el mesonero me miró, miró con desconfianza la pieza de plata que le entregué y le dijo á una vieja de cara roja y corpiño rojo, que traía un paraguas rojo en las manos rojas de sabañones:

— Y la tía Fortoul ¿perdió al fin sus coles?

— Sí, señor Laglu, las perdió sin remedio, como el tío Magloire perdió su hermosa gallina blanca, y la señora Martín sus pañuelos, que quedaron tendidos en la hierba, y los señores Lacoque la llave de su granero.

— ¡Háyase visto cosa! ¿Y los gendarmes? ¿Qué hacen los gendarmes, mi querida señora Dodu?

— ¡Oh, los gendarmes trincando alegremente, señor Laglu! No se ve otra cosa que los gorretes de piel en todas las *auberges* del distrito.

— Pero ¿cómo no cogen á tanto desalmado vagabundo como anda por allí?



— Y no le quepa duda á usted, amigo mío, de que esos pillastres son los que hacen tantas atrocidades.

— Ya lo creo, señora, hay cada tipo...

— De dar **miedo**, señor Laglu. Unos con cara de españoles ó de italianos ó de bohemios ó de demonios corona-

dos, han dado en recorrer el país con más frecuencia que debieran.

— Figúrese usted cómo tendrán su *cadier judiciaire*.

— Si le tienen, señor Laglu...

— Eso es, si le tienen, que en las tierras de salvajes de donde proceden quizás no se use tal cosa.

— ¡Qué va á usarse!...

Y luego dirigiéndose á mí:

— Y vos, buen hombre, ¿á dónde vais?

— A España, señora, á San Sebastián.

— ¿Sois español?

— No, señora, soy mexicano.

— ¿Y á dónde cae eso? dijo de mal modo el hombre.

— En América.

— Sí, señor Laglu, allá, allá abajo, donde está el hijo de los Lantin.

— ¡Ah, sí, donde hay esa guerra!

Y me miraron con mirada de inteligencia y continuaron su charla mientras yo me despedía... olvidándome de pedir la vuelta del franco con que había comprado el pan.

Anduve toda la mañana bajo aquel cielo pardusco, entre aquel lodo pegajoso y antipático, vigilado por los ojos crueles, suspicaces y maliciosos de los campesinos que transitaban por allí. A las tres ó cuatro de la tarde me apretó el hambre y sentí la necesidad de pedir de

comer á quien quiera que fuese. Un burgués que pasaba en un carricoche me miró de pies á cabeza, fustigó su caballo y siguió andando; dos campesinos me insultaron llamándome ladrón y fullero; en una casa me echaron los perros; en otra me ofrecieron llamar á los gendarmes. Ya se sabía mi presencia en aquellos andurriales; ya se hablaba de las cosas que había hecho ó podía hacer y se me señalaba con el dedo como un criminal peligroso.

A eso de las cuatro ó cinco de la tarde me dejé caer en la margen del camino, muerto de frío, muerto de hambre, muerto de vergüenza y de dolor.

No sé cuánto tiempo estuve allí, en parte aletargado y en parte renegando del egoísmo de aquellos miserables. Ya era de noche cuando sentí que me golpeaban un tacón claveteado y la culata de una carabina. Luego vi que dos caras peludas, dos gorros enormes, dos tahalíes y dos fusiles se inclinaban sobre mí.

— ¡Levántate, bellaco, sinvergüenza, pillastrín! Te haces el muerto para ver qué pescas. ¡Vamos á la prefectura, canalla!... ¿Que te mueres de hambre? Allá contarás esas faramallas y dirás también el paradero de la hermosa gallina blanca del señor Magloire.

— Y de los rosales de la señora Petit.

— Y de los panes que faltan en casa del tío Pichecart.

— Allá te las compondrás, vagabundo.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO



— ¡Camine bien y derecho, borrachón! me ordenó...

— Allá responderás, indecente.

— Y pensar, compañero, que por estos bellacos pierde uno, al grado que le tratan de flojo é incapaz.

— Ya oyó usted lo que contó *la aubergiste*.

— Y el administrador de correos.

— Y el recaudador.

— ¡Indecente! dijo uno de ellos enseñándome el puño, ¡yo te probaré que no te burlas de la gendarmería!

— ¡Yo te daré tu merecido!

— ¡Camine bien y derecho, borrachón! me ordenó el más viejo dándome un sopapo.

— ¡Haya ladrones! ¡Como saben éstos fingir todo lo que les da la gana!

— Es su oficio...

Me llevaron ante la primera autoridad del pueblo, un viejo alcalde ventrudo y malmodiento, que me dijo con cara de triunfo:

— Al fin caíste, bellaco; seis semanas hace que anda tras de ti nuestra gendarmería, y hace tres ó cuatro días que estabas como perdido.

Le dejé hablar y luego le mostré la orden que había recibido para dejar á Tours, probándole que mi estancia en la capital del departamento no había tenido interrupción ninguna. Me oyó y luego me mandó meter á la cárcel, una pieza larga y fría en que siquiera no soplaban la horrible ventisca que en el exterior. Dos horas después me